

# El agua y sus reflejos





DIN MATAMORO  
**Reflejo 1**, 2012  
Acrílico sobre lienzo, 140 x 200 cm

MARCOS GIRALT TORRENTE

## El lamento de Eco

Fue antes de quedarme sin cuerpo. No hace ni ocho meses. Entonces era robusto, más que atlético, pero ahora estoy famélico, en los huesos. Hasta mi pelo rubio, que a nadie pasaba inadvertido, ha perdido su brillo. Lo mejor de mí, lo que me hacía ser el centro de las miradas de los desconocidos, ha desaparecido, no existe. Antes por lo menos disponía de una ilusión que ofrecer; ahora soy la sombra de lo que fui, peor aún, apenas un eco, como el nombre que mi madre tuvo la mala idea de ponerme. Eco. Le pareció bonito, supongo, sonoro. Nunca supe la razón de que lo eligiera. Hasta los tres años fui un niño locuaz, pero, a la edad en que las preguntas se agolpan, mi defecto en el habla había aflorado y ni ella ni yo quisimos sostener esa conversación. Habría sido doloroso, un sarcasmo. Pobre madre mía, inventó decenas de motes cariñosos con tal de no usarlo. Sin embargo, nunca estuvo en su mano evitar que fuera el nombre más pronunciado en el valle, el más repetido por los niños de las cabañas. Me decía que envidiaban mi belleza, que la naturaleza me había premiado con un cuerpo bien formado y unos rasgos distinguidos, y que se vengaban. Por supuesto, yo no era tan ingenuo como para no conocer la verdadera razón de las burlas; sabía incluso que, a través de mí, los dardos de mi nombre multiplicado pretendían alcanzarla a ella y provocar de paso su escarnio por la mancha de haberme dado a luz sin padre, pero no quería agrandar su dolor con el mío y durante toda mi infancia me dediqué con ahínco a hacerme valer. Corría más que nadie, escalaba riscos por los que ninguno se atrevía a trepar y, gracias a que me escondía en el bosque para hacer tablas de gimnasia y levantar pesas que fabricaba con troncos, fortalecí mis músculos. El resultado fue que el cuerpo esbelto que mi madre había celebrado como una promesa de consuelo, y que podría haber languidecido como flor de estación, se convirtió en una realidad, no sé si envidiada, pero en todo caso innegable y, desde luego, intimidadora. Habría sido penoso quedarme en mero efebo, causa de mayores penurias.

Pero no me conformé. No quería crecer y envejecer en este valle donde el único entretenimiento llega en verano, el período en el que los *bungalows* de la ribera del lago se llenan de alegres veraneantes que nada saben de mí. Quería viajar, conocer las ciudades de las que provenían, asentarme lejos y regresar si acaso en

verano, a ser posible con un barco como los que algunos de esos afortunados poseen. Mi madre y sus dos hermanas mellizas, con las que vivíamos, me sometían a penosos ejercicios logopédicos que obtuvieron ciertos logros, pero lo que más me ayudó fue entrenarme en el silencio. Aprendí a decir sin tropiezos algunas frases, y me limitaba a ellas. Para todo lo demás callaba. Afortunadamente, en la escuela conté con la sensibilidad de maestros forasteros que, no bien apreciaban que no los decepcionaría en mis exámenes escritos, se abstendían de preguntarme en clase. Así crecí hasta hace no tanto, reservando los inviernos para superarme, sin perder el tiempo, siempre entre el bosque, donde seguía con mis ejercicios, la escuela y nuestra apartada casa, en la que mi madre y sus hermanas cosían para una compañía textil, y dilapidando los veranos en diversiones que nadie habría imaginado a mi alcance.

Mi silencio, que pasaba por laconismo, mi aire mundano y mi apariencia, me permitían mezclarme con los veraneantes. A menudo, gracias a las ropas de ciudad que confeccionaba mi madre, me tomaban por uno de los suyos y, para cuando descubrían que no lo era, ya me habían adoptado. Yo era el que siempre sonreía y jamás importunaba con torpes comentarios. Qué distinto mi proceder de los ridículos esfuerzos de los chicos de las cabañas. Me avergüenza la vanidad que trasluce, pero no negaré que me divertía contemplarlos fracasar, provocar hilaridad y desprecios en lides en las que yo triunfaba. Y si alguna vez, que no fueron pocas, hipnotizada por mi silencio, conseguía llevarme a una orilla apartada del lago a una de esas altivas chicas que cada verano aparecían para no volver, qué placer me procuraba contemplar el brillo de la envidia en los ojos de quienes años atrás hacían chanza de mí repitiendo mi nombre hasta el hartazgo.

Apenas ha pasado tiempo desde el último verano, ocho fríos meses, pero qué obsoleta parece ahora la dicha. Cada día noto que menguo un poco más, que mis músculos se encogen y que mi carne, antes perfecta, se amojama y arruga. La vida que estoy obligado a llevar no ayuda, escondido en la penumbra, deambulando por caminos que nadie transita, al abrigo de los bosques, muy lejos del lago, de las cabañas y de los *bungalows*, ahora vacíos, de los veraneantes. El lago no es un lago, es un embalse y tiene en su lecho un pueblo sumergido, pero ya nadie en la zona lo

recuerda, sólo mi madre y mis tías, que nacieron en él. El resto de los vecinos del pueblo prefirió emigrar, y las tierras, antes infértiles, que quedaron en lo que desde entonces se conoce como «El alto» fueron colonizadas por los habitantes de las cabañas. Las primeras se construyeron antes de que yo naciera e iban a ser provisionales, pero continúan siendo tan miserables como el primer día.

Al otro lado del lago, en un promontorio que divide en dos la playa artificial donde se asientan los *bungalows*, hay una roca, junto a una torre en ruinas, dicen que parte de un castillo desaparecido, desde la que es posible ver entre las aguas el campanario de la iglesia del pueblo anegado; a veces, si el día es claro y las aguas de la montaña no descienden revueltas, se alcanza a vislumbrar los tejados de algunas casas. He pasado muchísimas horas en ese observatorio, perdido en pensamientos arduos de formular. Sé que mi madre y mis tías añoran su pueblo perdido, pero sé asimismo, aunque las palabras no hayan sido necesarias, que mi padre, al que nunca conocí, era capataz de una de las cuadrillas contratadas para construir la presa. No tengo cabida en el mundo que mi madre extraña, jamás habría podido habitar las calles de ese pueblo que sólo imagino, ya que, si las aguas no lo cubrieran, no habría sido concebido. Y, sin embargo, también yo lo extraño. No existirían las cabañas ni sus salvajes habitantes ni los *bungalows* de los veraneantes, pero todo habría sido mejor. He aquí el oxímoron que me ha gobernado desde que recuerdo.

Y fue allí, en esa roca, una tarde de principios del último verano, cuando me tropecé con la más dulce desgracia que haya conocido. Había dejado irse la tarde ensimismado en tristes reflexiones, las aguas se habían oscurecido y ya no era posible ver el campanario sumergido, pero una luna casi llena iluminaba las quietas aguas, convirtiéndolas en un espejo en el que se proyectaban la torre arruinada del castillo, los castaños a mi espalda y yo mismo, descansando en cuclillas sobre la roca, todo ello enmarcado por el punteo de las luces provenientes del alto y de los *bungalows*, que, al juntarse, trazaban una refulgente aureola de forma ojival. Contemplaba mi rostro ya sin verme, como dicen que hacen con un objeto cualquiera quienes practican la meditación, y en el trance de recuperar cierta conciencia del entorno, supongo que porque anhelaba salir de la postración para huir al entrete-



DIN MATAMORO  
**Reflejo 2**, 2012  
Acrílico sobre lienzo, 198 x 198 cm

nimiento de los *bungalows*, distinguí, por encima de mi propio reflejo en el agua, el reflejo de un rostro muy parecido al mío que igualmente se miraba absorto en el embalse. Durante unos instantes pensé que una repentina ondulación en las aguas había provocado un desdoblamiento de mi imagen, pero, al notar que mi expresión de sorpresa no era acompañada en el otro por una expresión equivalente, afiné la mirada aún entumecida por los abismos de los que emergía y descubrí que el otro no era otro, sino otra, y de unos rasgos tan asombrosos que los más generosos halagos que mi madre me dedicaba no habrían bastado para describirla con mínima justicia. Me di la vuelta enseguida, y el impacto de verla al natural fue aún mayor, como lo fue que casi a continuación ella misma se girara sin reparar en mí y se marchara, dejándome un amargo sabor a fantasmagoría.

Qué bien habría hecho si me hubiera ido a casa para encerrarme allí lo que restaba de verano. Aunque significara renunciar a los placeres con los que había soñado todo el curso, por lo menos tendría la certeza de que habría veranos futuros esperándome, y no este invierno eterno que me aguarda. Mi vida, para la que con modesto tesón imaginaba metas distintas, parece irrevocablemente estancada en estos paisajes de los que, fugitivo, temo que no saldré ya.

Esa tarde funesta me incorporé de mi asiento en la roca, dejé atrás la torre y su reflejo en el agua y corrí hacia las luces de los *bungalows* siguiendo el rastro de mi destino. Lo encontré, en la figura deseada, participando de una fiesta que algunos veraneantes recién llegados habían improvisado en la playa. Había una hoguera y un viejo con una trenza blanca que tocaba un acordeón. Se hallaba cerca de una pelirroja que removía con un cucharón una cubeta de madera en la que parecía haberse vertido el contenido de varias botellas que estaban apiladas en la arena. Tenía la mirada perdida, en un gozo difícil de explicar; rodeada de varios chicos, entre los cuales distinguí a no pocos de las cabañas, que le brindaban bebida de sus vasos de plástico. Ella disponía de uno propio, pero aceptaba los ofrecimientos revoloteando entre sus cortejadores sin cesar de reír. Tras un rápido cálculo de la táctica adecuada, y pese a la confusión en que seguía, consideré perjudicial unirme al coro de postulantes y busqué diferenciarme. Para ello crucé lentamente



el trecho de arena que me separaba de la cubeta, conseguí que la chica que la removía, que en circunstancias diferentes habría constituido una presa apetecible, me sirviera un vaso de ponche y, después de demorarme en su compañía dando uso a un par de frases de las que tengo bien aprendidas, fui con la misma calma a pararme junto al músico del acordeón, al que acompañaba ahora un amigo con camiseta marinera que tamborileaba sobre una caja en la que se hallaba sentado a medias. A esas alturas, confiaba en haber captado su atención, pero no quise comprobarlo de inmediato, sino que retardé el momento cuanto pude, mientras, sonriente, fingía interesarme por la fanfarria de los músicos, y, sólo cuando creí suficiente mi simulacro, levanté la mirada para hacer un lánguido barrido por la escena, que detuve, contrariado, nada más percibir que ella continuaba inexplicablemente ajena a mi presencia. Lo que encontré fue, en suma, muy distinto de lo apetecido: el plazo que mi presunción le había otorgado sólo había servido para que su éxtasis aumentara. Bailaba de brazo en brazo, entrelazándose con unos y con otros, y premiando con un beso en los labios a sus fugaces parejas cada vez que se arrojaba en pos de una nueva. Me hirió como si me hubiesen arrancado un tendón que, entre los afortunados destinatarios de esa miel que yo ya ansiaba más que ningún bien conocido, estuvieran algunos chicos de las cabañas, que, enardecidos, sí me habían divisado y me escrutaban hostiles.

Creo que fue la angustia de verme tan repentinamente cuestionado lo que me llevó a perder mi habitual prudencia. Enfurecí de rabia y de deseo y me uní al grupo de danzantes, confiando en que al tenerme delante, a pocos centímetros de su cuerpo, no encontraría razones para proseguir su indiscriminado flirteo y se concentraría en mí. Sentí algún empujón en mi camino, y algo que tal vez fuese una zancadilla estuvo a punto de hacerme trastabillar, pero llegué donde quería y, una vez que lo hice, tuve la sensación de que la música cesaba y, junto a la música, también el tiempo. Fijó sus ojos azul acuoso en mí, sonrió complacida, y, cuando pensaba que me abrazaría para bailar, me hizo una pregunta insolentemente coqueta para la que de ningún modo estaba preparado.

—Y tú —me dijo—, ¿tú de dónde sales?



DIN MATAMORO

**Reflejo 3**, 2012

Acrílico sobre lienzo, 185 x 165 cm

Entonces sí que cesó la música, o así lo sentí, cesó el tiempo, cesó cualquier rastro de pensamiento en mi cabeza, y sucedió lo que durante toda mi existencia había querido evitar: mi lengua se acartonó, todo mi ser se trabó, y, consciente del horror que se avecinaba, salió de mi boca el temido tartamudeo y no fui capaz de terminar una frase con sentido. En una ráfaga, atisbé el congelado estupor en que se transformaba su dislocada sonrisa, y, conforme ella arrancaba a reír, di el decisivo paso hacia el precipicio. Hice, en definitiva, lo único que podía hacerse: intenté tomarla entre mis brazos para bailar como hubiéramos hecho de no haberme dado caza el infortunio, pero se zafó inesperadamente y, en el momento en que, extraviado de humillación, fui a mendigarle el beso que todos, salvo yo, habían obtenido, levantó la mano y, con ésta abierta, me apartó con una brusca sacudida en la cara.

La violencia del gesto no pasó inadvertida a nadie. El acordeonista de la trenza canosa y una mujer recién llegada fueron hacia ella, y hacia mí vinieron la chica que removía la cubeta y dos o tres veraneantes de los que antes bailaban. El ruido de voces proliferó, nuestros consternados bienhechores no sabían a quién debían recriminar y a quién consolar, y, a cada uno por separado, nos preguntaban si estábamos bien y qué nos había pasado. Sólo los chicos de las cabañas, que cuchicheaban alborozados, lo sabían. Yo no quería consuelo ni ser regañado ni, mucho menos, volver a tartajear y permanecí mudo, y creo que ella estaba arrepentida o asustada a causa de lo que había hecho, porque tampoco respondía. Cómo me habría gustado acercarme y susurrarle que no se preocupara, que olvidara mi tartamudeo y lo que había acontecido después y que bailáramos, que bailáramos para siempre. Así de prisionero me sentía de lo que decidiera hacer conmigo, así de alienado, así de absurdamente enamorado. Por eso, cuando vi que, dejando a todos confundidos, echaba a correr y se perdía por el camino del bosque, hice lo posible por seguirla. Desafortunadamente, las trabas que ella no había encontrado en su escapada sí las encontré yo y, hasta que me desprendí con determinación de las manos que me ceñían, tardé en cumplir mi objetivo y, al alcanzar la arboleda, ya la había perdido. Tuve que actuar con rapidez y buscar refugio, pues de pronto sentí que toda la playa se movilizaba y venía detrás de mí. Lo encontré en una covacha,



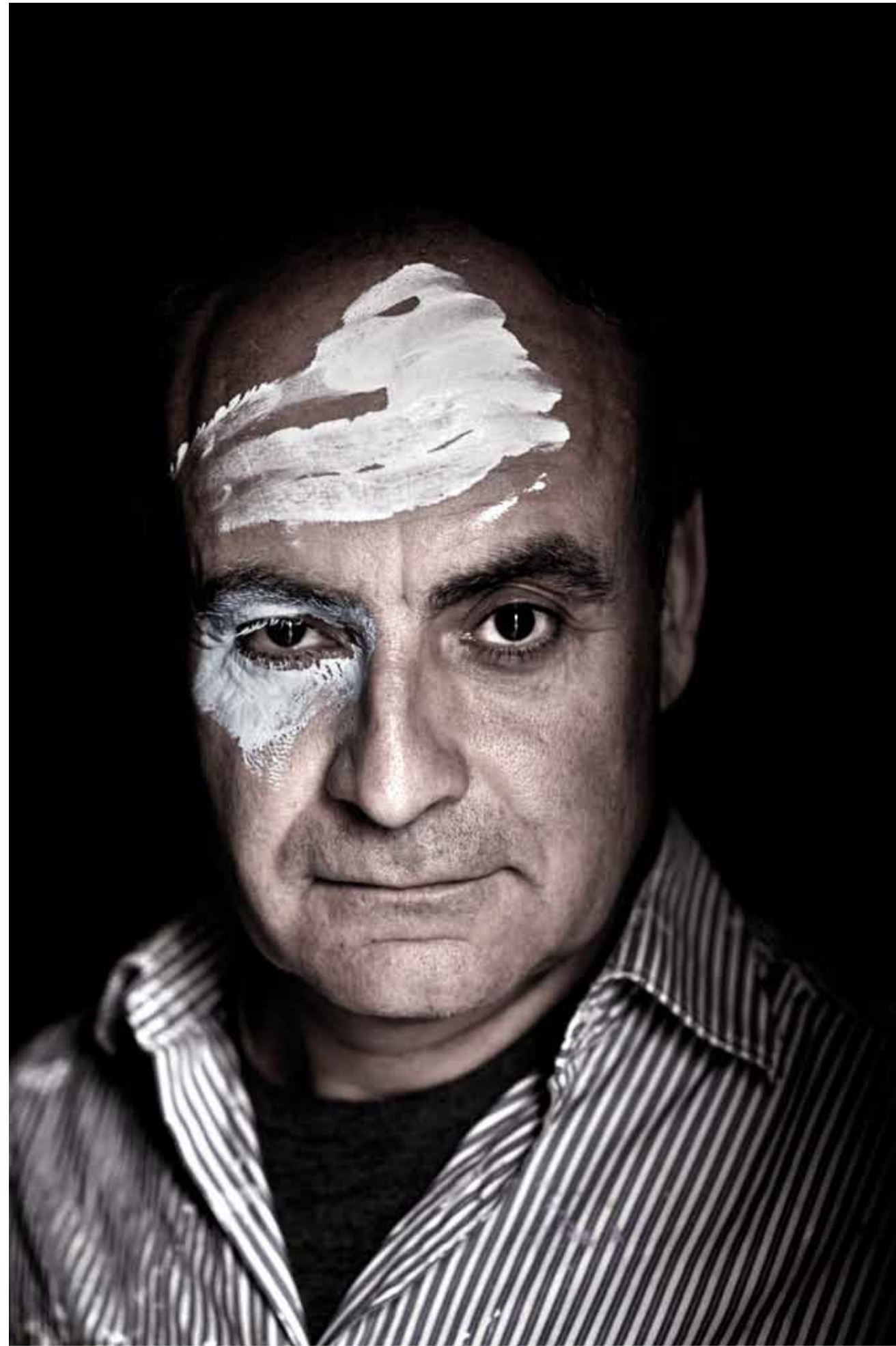


DIN MATAMORO  
**Reflejo 4**, 2012  
Acrílico sobre lienzo, 114 x 162 cm

casi una oquedad entre dos rocas sobre las que crecía, incrustado, un magnolio y, junto a él, un narciso, aún florido, de un azul tan pálido como los ojos de quien me había arrebatado. Me agazapé y estuve escondido, mirando el narciso y repitiendo pobre, pobre, hasta que cedieron los crujidos en el suelo, el griterío de nuestros perseguidores se alejó y me atreví a salir. Sabía del peligro que corría, sabía que, si eran los chicos de las cabañas quienes me daban caza, no me libraría de alguna magulladura, pero no fue este temor lo que me decidió a rehuir mi casa, donde quizá imaginaban que iría, para dirigirme al promontorio en el que se alzaba la torre en ruinas y, junto a su base, la roca desde la que esa misma tarde, buscando sosiego en los destellos del agua, me había sorprendido el reflejo de su rostro junto al mío. Una fortísima intuición condujo mis pasos, y puesto que mi desventura había dado comienzo allí, enajenado, aturdido, lo consideré el lugar idóneo para empezar de nuevo. El bosque no se mantenía en silencio, distinguía rumores de llamadas y de cuerpos despejando la maleza, y tuve que dar un largo rodeo para llegar a salvo de desafortunados encuentros. Me veía abandonando el valle e inaugurando una nueva era con ella, me veía diciendo adiós al fantasma de mi padre y al pueblo hundido en el que nunca podría haber vivido. Eufórico, como si fuese ya una realidad y no la pesadilla que era, subí al peñón y descendí hasta mi roca, convencido de que, si aún no había aparecido, lo haría pronto, y, entonces, al echar una primera ojeada al embalse, más oscuro ahora pese a las luces provenientes del alto y de los *bungalows* que aún lo iluminaban, la descubrí entre las aguas tal como la había visto por primera vez. Miré a mi espalda, oteé en la oscuridad buscando el lugar en el que se había apostado para contemplarse en el líquido espejo, pero no estaba. Volví a mirarla, escudriñé mejor la expresión de su cara y, mientras escuchaba un bullicio que se acercaba, me di cuenta de que no era su rostro sino todo su cuerpo el que flotaba en el lago, el pelo extendido alrededor de la cabeza como una corona y los brazos, separados de los costados, mecidos por el suave oleaje. Me lancé de cabeza al embalse, nadé hasta ella y, en el instante en el que asía su cuello inerte, se desataron los gritos acusadores que han cambiado mi vida:

—Ha sido Eco, ha sido Eco. Eco la ha matado. Eco. Eco.





Din Matamoro



Marcos Giralt Torrente